

Sólo á un privilegiado Cirujano
Que sus heridas lave se consiente;
Sólo á una voz, de encanto sobrehumano,
A la infernal hipócrita serpiente
Es dado fascinar con dulce acento
Y repeler su emponzoñado aliento.

¡Ay si esa mano á retirarse llega!
¡Ay de nosotros si esa voz se apaga!
¡Ay si la muerte al Cirujano siega
Ó al experto Piloto el ponto traga!.....
Tu pueblo fiel rendido te lo ruega
En medio del placer que hora lo embriaga:
Libértanos ¡oh Cristo! del naufragio
La vida conservando al gran Pelagio.



LIBRO SEGUNDO.

ELEGÍAS.



I.

EL PAPAGAYO DE CORINA.

TRADUCCIÓN DE OVIDIO.

(*Amorum*, lib. III, elegía IV.)

El loro que á las Indias orientales
Debió Corina, ha muerto. ¡Aves dolientes,
Venid á celebrar sus funerales!

Las plumas arracad de vuestras frentes,
De cabellos en vez; y las mejillas
Desgarren vuestras uñas inclementes.

Con las alas, piadosas avecillas,
El pecho herid: la fúnebre trompeta
Suplid con vuestras cántigas sencillas.

Del Imario tirano, ¿qué te inquieta,
Oh Filomena, el crimen? De tu llanto
Há tiempo la medida está repleta.

Á pájaro sin par el triste canto
Hoy consagra no más. De Itis la suerte
Motivo es ya muy viejo á tu quebranto.

Los que el aire pobláis llorad su muerte,
Y más que todos, por tu dulce amigo,
Triste palomo, tú, lágrimas vierte.

En concordia feliz vivió contigo,
Y, fieles hasta el fin, por años largos
Os dió la misma jaula grato abrigo.

Lo que Pilades fuera al joven de Argos,
Fué para ti el palomo, amable loro,
Constante aun en los trances más amargos.

Mas, ¿qué tanta amistad? ¿qué tu decoro
Y variado color? ¿qué tu ingeniosa
Lengua gentil y paladar sonoro?

¿Qué te valió de mi Corina hermosa
El favorito ser, desque en sus faldas
Te colocó mi mano dadivosa?

Moriste, sí. Las verdes esmeraldas
Tu plumaje ofuscaba: rojo vivo
Ostentaban tu pico y tus espaldas.

¡Con qué donaire y ademán festivo
Remedabas al hombre! Ningún ave
Te igualaba en talento imitativo.

La envidia te mató, ¡dulce y sãave
Amante de la paz! Nadie deslices
Que te deshonren, ó pendencias, sabe.

¡Y viven las guerreras codornices,
A pesar de su genio turbulento,
Hasta avanzada edad, siempre felices!
Saciábate poquísimo alimento,
Y en tu afán por hablar, mil y mil veces
Para comer faltábate el aliento.

Semillas de amapola y duras nueces
Formaban tu festín, y tu bebida
Era el liquido humor criador de peces.

Al cuervo, que la lluvia apetecida
Con su graznido anuncia, el Hado deja,
Y al buitre y al halcón la inútil vida;

Y vive largos años la corneja
Aunque la odia Minerva, y hasta nueve
Centurias cumple sin llegar á vieja.

¡Mientras, las aguas de Aqueronte bebe
El Indio papagayo, del humano
Acento imitador, tras vida breve!

Siega la muerte con avara mano
Lo elevado y lo hermoso: los embites
Del Hado, vence lo rastrero y llano.

Del gran Protesilao vió Tersites
El triste fin. Cenizas Héctor era;
Sus hermanos gozábense en convites.

¿Los ruegos narraré con que pidiera
Corina tu salud? ¡Súplica vana
Que al mar arrebató brisa ligera!

Al sexto día, día sin mañana,
De tu dolencia, ya su rueca inclina
Sin estambre vital Cloto inhumana.

Mas en el corvo pico repentina
No se apaga tu voz, y al morir clama
Tu no cansada lengua: *Adiós, Corina.*

En los Campos Eliseos, según fama,
Al pie del monte un encinar florece
Y un prado ameno, con perenne grama.

Aquél, si lo dudoso fe merece,
Es el lugar que de las aves buenas
Eterno premio á la virtud ofrece.

Los cisnes sin mancilla horas serenas
 Pasan; y el Fénix, que aunque muere es uno
 Y el mismo, entona allí sus cantilenas;

Su cola ostenta el pájaro de Juno;
 Se besan las palomas amorosas:
 Pájaro infame allí no entra ninguno.

De aquella selva habita en las umbrosas
 Ramas el loro, y con humano acento
 Entretiene á las aves virtuosas.

Su cuerpecillo, exiguo monumento
 Encierra aquí, y en lápida pequeña
 Breve inscripción revela mi lamento:

ESTE SEPULCRO, PASAJERO, ENSEÑA
 QUE FUÍ DELICIAS DE GENTIL SEÑORA:
 ERA CORINA MI MAESTRA Y DUEÑA;
 DE HOMBRE, NO DE AVE, FUÉ MI VOZ CANORA.

1880.



II.

EN LA TEMPRANA MUERTE
 DEL ILMO. Y RVMO. SR. D. FRAY VITAL GONÇALVES
 DE OLIVEIRA,

DEL ORDEN DE LOS MENORES CAPUCHINOS, OBISPO DE OLINDA.

A la remota tumba de un hermano
 Dejad que vuelva los llorosos ojos,
 Que en medio á vuestro gozo enjugo en vano;
 Y ya que no me es dado á sus despojos
 Agua lustral, ni bendecido incienso,
 Ni frescas flores ofrecer de hinojos,
 Al menos pueda mi dolor inmenso
 Desfogar con el que hora me circunda,
 De culta sociedad cortejo denso.

En mi ánimo quizás valor infunda
 Vuestra fiel compasión, ya que partida
 Mitígase la pena más profunda;

Y ya que á aligerar hoy me convida
 Vuestra piedad el peso que me oprime,
 Dejad que con vosotros lo divida.

¡Ah! con razón desconsolada gime
La Iglesia del Brasil: sin vida yace
Su campeón más fuerte y más sublime.

La que fuera su grey, huérfana pace;
Y al verla sin pastor, del lobo impío
Crece la saña y el furor renace.

Llora, Olinda, á tu Padre; y tú, gran río
Que á París bañas, y morir lo viste,
Llora á tu huésped y al amigo mío.

¡Sagrado Tíber, ya enlutado! hoy viste
Sobre tus negras ropas nuevo luto:
Dique robusto en mi *Vital* perdiste.

Ríndele, oh patria, fúnebre tributo
De justa admiración. Alma de acero
Tiene quien hoy conserve el rostro enjuto.

¡Defensor de la fe! ¿Por qué primero
Que tu inútil hermano, así abandonas
El rojo campo del combate fiero?

En la margen del férvido Amazonas
Mil luchas te aguardaban todavía,
Oh joven adalid, y mil coronas.

Tras largo combatir, te sonreía
La victoria, por fin, cuando la muerte
Segó tu cuello con guadaña impía;

Y tú, más mozo que el que lloro vierte,
Fiel amigo, por ti, partes al cielo:
¡El débil sobrevive, muere el fuerte!

Al que esgrimía con invicto celo
De la palabra la fulmínea espada,
Aguda enfermedad convierte en hielo;

¡Y al imbele pastor, á quien agrada
Apacentar cantando su rebaño,
Nada atormenta ni doblega nada!

Al brasileño Imperio ¡cuánto daño
Causará la satánica Serpiente
Mirando de *Vital* viudo el escaño!

Ya se regocijaba omnipotente,
Doquier llevando su letal veneno,
Doquier hincando su temido diente;

Ciego al peligro, á la malicia ajeno,
El incauto cristiano la abrigaba
Con necio amor, en su indefenso seno;

Y sin cadenas, ni temor, ni traba,
A reinar empezaba cual señora,
Quien debiera yacer muerta ó esclava.

En el palacio do el Monarca mora,
Ella, no Pedro, el cetro sostenía,
Y empuñaba la espada vengadora;

Castigos y favores repartía,
Y ella, en vez de su siervo el Parlamento,
Leyes dictaba en su caverna umbría:

Y ni así satisfecha tuvo aliento
De subir al altar con arrogancia,
Y en el templo fijar su negro asiento.

Allí la halló *Vital* cuando á la instancia
Tornó del brasilero soberano
Al patrio hogar desde su amada Francia.

Seis lustros no contaba y quiso, en vano,
De su labio apartar la amarga copa,
Y retirar del báculo la mano.

Con asombro de América y Europa,
En tan temprana edad, le obliga Pío
A vestir de pontífice la ropa.

El hijo de Francisco, su albedrío
Humilde sometiendo al gran Jerarca,
La mitra episcopal ciñe con brío;
Y atravesando el mar en ruda barca,
Gozoso vuela á los amantes brazos
Del que tanto lo amó sabio Monarca.

Al ver sujetos con vedados lazos
Sus nuevos hijos, y á Satán vendidos,
Su tierno corazón se hace pedazos;
Y con súplicas, ruegos y gemidos
Quiere apartarlos de la errada senda
Que al abismo los lleva empedernidos.

Mas ¡ay! todo fué vano. Antes, la rienda
Con más furor soltando á sus pasiones,
Entraron en sacrílega contienda;
Y del Prelado ahogar las oraciones,
En el recinto mismo de su templo,
Quisieron de Satán los campeones.

¡Ah! ¡Cuál entonces á *Vital* contemplo
Esgrimir la severa disciplina,
Siguiendo de Jesús el santo ejemplo!
¡Bien haces, buen Pastor! Hiere, fulmina
Los rayos de que armó tu sacra diestra
De Jehová la potestad divina.

Con rigor saludable, al mundo muestra
Que no sólo atraer debe el cayado,
Sino servir de lanza en la palestra.

El noble Emperador que te ha forzado
A abandonar tu celda y tu convento,
No dudes, no, combatirá á tu lado.

Bien sabe el grande Pedro que tu intento
Es defender con el altar el trono,
Y eco serán sus leyes de tu acento.

Amigo tuyo, ¿qué no hará en tu abono?
De la Iglesia romana hijo obediente,
De tus contrarios domará el encono....

Pero ¿qué miro, oh cielos! ¿Qué torrente
De hombres armados, el bendito muro
Que guarece á *Vital* rompe insolente?

¿Dó van? ¿Dó lo conducen? ¿Quién perjuro
Lo arrastra con sacrílegos cordeles
Y lo sumerge en calabozo obscuro?.....

¡Arranca de tu frente los laureles
Débil Emperador! Tales hazañas,
Proezas son de idólatras ó infieles.

¿Contra inerme Pastor así te ensañas?
¿Y cristiano monarca osas llamarte?
Ni á Dios ni al mundo ¡desdichado! engañas.

De Cristo y de Belial el estandarte
Ni unir podrás, ni derribar sañudo
De Pernambuco al nuevo baluarte.

¿No ves cómo resiste al golpe rudo
Que le asesta feroz quien fué su amigo
Y debiera ser hoy su firme escudo?

De inicuas leyes al infando abrigo,
Condena al inocente secta impía,
Por largos años, á cruel castigo;

Y el que de rey cristiano se gloria
 La sentencia infernal frágil sanciona:
 ¡Ay del Prelado que en monarcas fía!
 ¡Angeles del Señor! áurea corona
 Al mártir preparad, que entre cadenas
 La fe de Cristo sin temor pregona.

¡Fieles! ornad de lauros las almenas
 Que de *San Juan* circundan el castillo,
 Y sus torres regad con azucenas.

¡Prisionero Pastor! Jamás el brillo
 Envidié de tu alcázar: ni trocara
 Por tu opulencia mi vivir sencillo;

Ni de tu Pernambuco la algazara
 Eché de menos donde aislado moro,
 Ni su esplendor, ni su belleza rara.

Mas tus grillos al ver, copioso lloro
 Vertí de envidia; y por ornar con ellos
 Mis pies, te diera otros iguales de oro.

De tu prisión me parecieron bellos
 Los negros muros; y su opaca lumbre
 Superior de mi sol á los destellos;

Y de la dicha y del honor la cumbre
 Juzgado hubiera este ministro indigno
 Vivir bajo su fétida techumbre.

Mas ¡ay! el cielo, para ti benigno,
 De padecer tormentos ni prisiones
 No me juzgó, por mis pecados, digno:

Y siempre libre, pude á las regiones
 Europeas volar cuando me plugo,
 De Pío á recibir las bendiciones.

Allí, oh *Vital*, te hallé. Por fin el yugo
 Que tu cerviz indómita oprimía
 Rompió vencido tu imperial verdugo.

Mas encubiertas flechas todavía
 Te asestaba hasta el pie del Vaticano:
 ¡Ay del Prelado que en monarcas fía!

¡Con qué transportes estreché la mano,
 Y me arrojé en los brazos cariñoso
 Del fuerté mártir y adorado hermano!

En la flor de la edad, su rostro hermoso
 De la dura prisión ligeras huellas
 Apenas conservaba vigoroso.

Modesto su mirar; pero centellas
 Arrojabán sus ojos, si un instante
 Siquiera alzaba las pupilas bellas.

Sobre el pecho ondeaba la flotante
 Y larguísima barba capuchina
 Negra adornando el varonil semblante.

Aun me parece verlo en la colina
 De Lourdes, majestoso descollando
 Entre la inmensa turba peregrina.

Aun me parece oír su acento, cuando
 De María entonaba los loores
 Al pie del simulacro venerando.

¡Oh día inolvidable! Los Pastores
 Más célebres de Francia van devotos,
 Seguidos de su grey por los mejores;

Ni falta de países muy remotos
 Quien acuda á la Virgen sin mancilla,
 Llevando ofrendas y cumpliendo votos.

Corona sin igual fulgente brilla
En manos del Legado, que hasta el Gave
Manda del Tíber la sagrada orilla.

En la inmensa basilica no cabe
La muchedumbre de piadosa gente
Que invade el atrio y espaciosa nave;
Y en procesión desfila reverente
Al que en medio del valle alto se eleva
Altar dorado, de la gruta enfrente.

Entre la turba al avanzar, se lleva
Vital en pos de sí todos los ojos,
Y admiración excita siempre nueva.
— *Bendícenos, Pastor*, gritan de hinojos
Mil voces por doquier.— *Ved*, otro clama,
Al que arrostró del César los enojos.

— *Él es, él es; el que la inicua trama
De la impiedad deshizo.— Honor se rinda
Al que la Iglesia su columna llama.*

— *¡Confesor de la Fe! Francia te brinda
Con el amor que tu Brasil te niega:
¡No nos dejes, por Dios, mártir de Olinda!*

Bendiciéndolo así, con flores riega
La multitud el plácido camino
De *Vital*, que confuso al ara llega ;

Do con acento grato y argentino
El Pictaviense Obispo, nuevo Hilario,
Las glorias canta del poder divino.

Y el ínclito Legado del Vicario
De Cristo, á la gran Reina orna la frente
Que se nos dió por Madre en el Calvario.

Allí estabas, *Vital*: mi pecho ardiente
Junto al tuyo latía; y con tu diestra
Mi diestra bendecía juntamente.

Unida, al cielo la plegaria nuestra
Voló, cuando en la gruta milagrosa
Tu indigno hermano oraba á tu siniestra.

Mi mente recordar apenas osa
Esa noche, que en medio á los encinos
Subíamos con marcha presurosa.

Al frente de incontables peregrinos
Ibamos, oh *Vital*, cuatro Pastores
Por las rocas trepando y los espinos.

De veinte mil antorchas los fulgores
El bosque enrojecían; reflejaba
El río de cristal sus resplandores;

Y cual serpiente de encendida lava
Iba la procesión por los collados,
Y al Etna la montaña semejaba.

¡Ay! sólo vivo yo de esos Prelados:
Mis tres hermanos, de la Iglesia gloria,
Fueron por el sepulcro devorados.

¡Con qué dolor reclamo á la memoria
La tarde en que partió, contento y lleno
De esperanzas de próxima victoria!

Al llevarlo á la nave, ¡cuán sereno
El buen Pastor sonriendo me decía:
Tras el triunfo aguardame el veneno!

¡Ah! La ponzoña no: la felonía
Temprana tumba abrióle en suelo extraño.
¡Ay del Prelado que en monarcas fía!

Alejado murió de su rebaño,
 Víctima de satánicas traiciones
 Y agobiado por tanto desengaño.

¡Oh Reyes, aprended! ¡Claros varones
 Que gobernáis la tierra! en su funesta
 Muerte, aprended terríficas lecciones.

La mano oculta que su dardo asesta
 Al sacerdote inerme y al cristiano,
 Para vosotros el puñal apresta.

Valientes sacudid el yugo insano
 Del infernal Dragón, que audaz pretende
 Ser en el mundo solo soberano.

¡Católica ciudad! firme defiende
 Tus muros contra el pérfido enemigo
 Que red sutil, como la araña, tiende.

¡Pueblo cortés que hospitalario abrigo
 Al errante Pastor das placentero!
 En prenda de mi amor, ¿qué haré contigo?

Llamástemme á gozar, y lisonjero
 Cortesanas palabras me dijiste:
 Si tu gozo turbé, perdón espero.

Mal se puede alegrar quien luto viste;
 Y quien se rinde á funeral quebranto
 Fuerza es también que á los demás contriste.

Tus dulces voces y armonioso canto,
 Y tu decir galano y exquisito,
 Importuno quizás ahogó mi llanto;

Mas desfogar mi duelo necesito,
 Y á mezclar vuestro fúnebre lamento
 Con mis lágrimas tiernas os invito.

¡Ministros que ofrecéis el Incrüento
 Sacrificio! ¡Católicos seglares!

¡Damas ilustres, de piedad portento!
 Sin consuelo llorad; llorad á mares.

El valiente cayó: la tumba encierra
 Al robusto sostén de los altares.

¡VITAL invicto, rayo de la guerra,
 De cuyo brazo juvenil pendía
 La salvación de tu nativa tierra!

¿Cómo caíste en infausto día?
 ¿Cómo caíste *tú*, cual nadie fuerte?
 Al consagrarte flébil elegía,
 Lloro y envidio tu gloriosa muerte.

1878.